

Pinceladas sobre un ilustre Grancanario: Agustín Millares Carlo

MIGUEL JIMÉNEZ MARRERO

Antes de iniciar nuestro breve comentario, hemos de confesar que desde hace años, conservamos, como hibernado, en nuestro subconsciente, algo que cada vez se incrusta más sólidamente en nuestra conducta y en nuestro pensamiento. Me refiero a esa serie de personas que se consideran en poder de su Verdad, cuando lo cierto es que la Verdad —con mayúscula— como tan acertadamente la ha definido el ilustre catedrático de Derecho de la Universidad Complutense, de Madrid, y estimado amigo, Doctor Sigfrido Hillers, es solo una... y no es de nadie, cabemos todos. No se tiene la Verdad, sino que se está en la Verdad... uno puede estar —voluntaria o involuntariamente— más cerca o más alejado de la Verdad. En algún sitio he leído que en el frontispicio de una antigua universidad alemana, no recuerdo si en la de Rostok, que para desgracia de su población, fue adjudicada, en el reparto de la II Guerra Mundial, a la zona socialista de ocupación, es decir, de la Alemania comunista, figura una lápida con inscripción en latín que, en traducción libre, podría ser: “La Verdad solo puede ser una... Las doctrinas explicando la Verdad, pueden ser múltiples”. Algunos de los que lean este comentario, se preguntarán: ¿A qué viene este introito para escribir sobre Agustín Millares Carlo? Lo comprenderán más adelante.

Aquí, en Canarias, y muy concretamente en Las Palmas de Gran Canaria, la Verdad —insistimos en lo de mayúscula— sobre todo cuando se habla o escribe sobre personas que, que por una u otra causa, no cae simpática al inquisidor de turno, éste —el inquisidor— pierde toda solvencia, toda capacidad para razonar. Algunos aseguran que la causa es la envidia, considerada como un mal congénito entre buen número de españoles. Otros consideran que es un reflejo de la impotencia, del complejo de inferioridad que algunos sienten

hacia quienes, por su preparación o por simple sentido común, se encuentran capacitados para expresar sus ideas, bien en obras literarias, históricas, científicas, poéticas, etc., y que, por su valía, por méritos propios, consiguen que estas obras sean conocidas y aceptadas públicamente.

Agustín Millares Carlo, ampliamente conocido y admirado en los círculos científicos —pues en las Letras, también se encuentra algo de ciencia— no sólo en España, sino también en el extranjero especialmente en Venezuela (donde realizó una labor científica muy importante), Méjico, Argentina, etc. Doctor “Honoris causa” por varias universidades, también nacionales y extranjeras, sus trabajos son suficientemente conocidos en todos los ámbitos culturales de nuestra patria, y no vamos nosotros aquí a pormenorizar su ingente labor en el campo de su especialidad. Más de trescientas obras, algunas de un valor excepcional, avalan el “curriculum vitae” de este ilustre gran-canario. Otras plumas, de indudable prestigio en estas materias, ya han estudiado la recia personalidad de Millares Carlo, tanto en conferencias y homenajes, como en numerosas publicaciones, que reflejan exhaustivamente la ingente labor investigadora de nuestro ilustre paisano. Nosotros aquí, y ahora, sólo nos vamos a referir a su presencia en acontecimientos que podríamos llamar domésticos, es decir, que han tenido por escenario Las Palmas de Gran Canaria, en algunos de los cuales fuimos testigos de excepción, y a la aparición de ese llamado vicio nacional al que ya hemos hecho referencia. Lo haremos, dentro de lo posible, por un cierto orden cronológico.

Recordamos cómo los canarios interesados por estos temas, recibíamos una gratísima noticia, aquel mes de diciembre de 1974. Nuestro ilustre paisano ganaba el Premio Extraordinario “cardenal Cisneros” que, aparte del prestigio que ello representaba, llevaba consigo una importante dotación en metálico. El trabajo premiado tenía por título *Introducción al estudio de la historia y la bibliografía de la imprenta en Barcelona en el siglo XVI: los impresores del periodo gótico*. Este concurso, al que acudieron varios de los más conocidos especialistas en la materia, fue organizado para conmemorar el quinto centenario de la imprenta en España. Al año siguiente, creemos que fue a principios del mes de septiembre, el Cabildo Insular de Gran Canaria lo nombraba “Coordinador —o Gerente— del Plan Cultural de la Mancomunidad Interinsular de Cabildos”. Durante esta etapa sería cuando conocimos personalmente a D. Agustín Millares Carlo. Este paisano, un trabajador todo terreno, a pesar de su edad, no perdería el tiempo en naderías. Instaló lo que sería su “cuartel general” en unas modestas dependencias anexas a la Casa de Colón, al final del “Pasaje Pedro de Algaba”, recién adquiridas por el Cabildo Insular, y donde poco tiempo después se instalaría la valiosísima biblioteca de D. Simón Benítez Padilla. Como inciso, digamos también que a este ilustre científico gran-canario, tuvimos el honor de hacerle la primera —y única— entrevista que le concedió a TVE, cuyo contenido, por su valor humano y cultural,

se publicaría más tarde en la prensa local. En esta entrevista, D. Simón, cuya brillante labor en Obras Públicas del Cabildo era sobradamente conocida, nos “confesaba “ aspectos inéditos de una intensa vida de trabajo. Su magnífica biblioteca es un claro ejemplo de su firme vinculación a la cultura en todas sus facetas.

Dicho esto, sigamos con D. Agustín Millares Carlo. Precisamente en aquellas semanas coincidentes con su nombramiento de Coordinador del Plan Cultural del Cabildo Insular ya mencionado, nuestro paisano pensaba asistir en Venezuela, concretamente en Caracas, al gran homenaje que se iba a tributar al escritor canario y universal Benito Pérez Galdós, pero prefirió volcarse desde el primer momento en la importante tarea que se le había encomendado, renunciando al viaje a la nación hermana donde tantas amistades había dejado en sus muchos años de estancia allí, dedicado de lleno a su labor investigadora. Nosotros sí que estuvimos en Caracas y asistimos a todas las brillantes jornadas de homenaje a Galdós. A ello, y a los desagradables incidentes ocurridos al margen de este homenaje —que resultó un gran éxito— provocados por una insistente campaña del comunismo internacional, nos referimos en el tercer tomo de *Crónicas de medio siglo*. De esto y de otras cosas que muchos ignoran, hablamos, algún tiempo después con Millares Carlo, en la extensa conversación que sostuvimos en aquel modesto despacho del “Pasaje de Pedro de Algaba”, nombre de aquel Pesquisidor que intrigó con el Deán Bermúdez contra Juan Rejón, y que terminaría ajusticiado, precisamente en aquel lugar.

Como hemos dicho, Millares Carlo puso inmediatamente manos a la obra, iniciando la puesta en orden de la incalculable riqueza bibliográfica de la provincia, rodeándose de valiosos colaboradores, también estudiosos de esta materia y formando varias Comisiones, ente ellas las de Archivos y Bibliotecas y la de Historia, por la que mostró un señalado interés, introduciendo un Seminario de Estudios Históricos, el el que se integrarían, como ya hemos dicho, destacados estudiosos de la materia. Sus elogios a la extraordinaria Biblioteca del *Museo Canario* fueron contundentes.

Y llegaron los días del gran homenaje que todo el mundo cultural canario rindió a Millares Carlo, homenaje organizado por la Caja Insular de Ahorros de Gran Canaria, cuyo Consejo de Administración lo presidía Lorenzo Olarte Cullen, que también era Presidente del Cabildo Insular. Fue aquél, un reconocimiento público a la labor de Millares Carlo que discurrió durante una semana, interviniendo en el desarrollo del apretado programa, no sólo ilustres personalidades académicas relacionadas directa o indirectamente con la especialidad cultural de nuestro paisano, entre ellos varios catedráticos de universidad que vinieron desde la Península, expresamente para estar presente en este homenaje, sino también, y muy especialmente, ilustres representantes de la cultura en Canarias, entre ellos Antonio Rumeu de Armas, Francisco Morales

Padrón, Antonio de Bèthencourt Massieu, Sebastián de la Nuez Caballero, etc., todos ellos catedráticos de Universidad. Añadamos otras destacadas figuras de la cultura como José Miguel Alzola, Presidente del Museo Canario, lugar donde se celebró el acto inaugural de esta semana de homenaje a Millares Carlo, y que pronunciaría una brillante conferencia, en la que puso de manifiesto los grandes méritos y las obras publicadas por nuestro paisano, todo ello ante un masivo auditorio que llenaba el salón, entre ellos el Gobernador Civil de la Provincia y nutridas representaciones del Ayuntamiento y Cabildo Insular. Al finalizar esta primera sesión, Millares Carlo, visiblemente emocionado, daría las gracias a los organizadores de este homenaje, insistiendo en que seguiría trabajando en lo que ha sido siempre su pasión: la investigación.

Al menos para nosotros y para algún otro de los allí presentes, la nota discordante la dio Juan Rodríguez Doreste (q.e.p.d.), tratando de politizar, sin necesidad y sin venir a cuento, un acto cultural que se estaba desarrollando con la mayor normalidad y corrección por parte de todos los intervinientes. ¿Por qué decimos esto? Pues por que nuestro viejo amigo (nos conocimos en 1932), Secretario del Museo Canario, ya trataba de “ubicarse”, después de 39 años de ocupar los más diversos cargos durante el régimen anterior, incluido el de representante sindical, y de la permanente y jugosa protección que disfrutó del Falangista, que fue Gobernador Civil-Jefe Provincial del Movimiento y Embajador de España en Venezuela, el recordado Matías Vega Guerra.

Así como los demás presentadores y exégetas del ilustre paleógrafo, bibliógrafo y profesor canario, se circunscribían a reseñar y exaltar sus méritos profesionales, Juanito —así le llamábamos coloquialmente— insistimos en que sin venir a cuento, introdujo en su intervención, frases como “*su amargo exilio desde 1939*”; “*en 1939 Millares Carlo (que había sido durante algún tiempo Director General de Archivos y Bibliotecas, en el régimen republicano) se incorpora al confuso tropel de los vencidos que toman el camino del exilio, a la España peregrina*”; “*no ha sido repuesto en su cátedra de Paleografía de la Universidad Central*”, etc., insistimos en que fue una lástima el derivar su intervención con citas como las expuestas que, por otra parte, en gran medida, no se ajustan a la verdad, como veremos al relatar parte de la amplia conversación que sostuvimos con Millares Carlo, y que ya hemos mencionado.

Por otra parte, Rodríguez Doreste demostró que había estudiado a fondo el “currículum” de Millares Carlo, salvo leves “olvidos”, como el de que el Premio “Cardenal Cisneros”, al que ya hemos hecho mención, le fue otorgado, con todos los honores, en pleno régimen presidido por Franco. Son detalles sin la mayor importancia, pero que precisan la debida matización. Pues bien, vamos ya al fondo del contenido de nuestra amplia conversación, en su despacho de “Pedro de Algaba”.

Millares Carlo (como nos había ocurrido en las entrevistas que en plena República sostuvimos en su despacho oficial de Ministerio de Fomento, con José Franchy y Roca, otro grancanario de pro), nos pareció un hombre de una cordialidad contagiosa y, sobre todo, como suele ocurrir con las personas de verdadera valía intelectual, de una modestia, que no suele prodigarse por quienes apenas tienen categoría en el campo de la intelectualidad, y no digamos de la política. Había pasado ya cierto tiempo desde que Millares se había hecho cargo de la Coordinación del Plan Cultural, en el que estaba volcando todo su saber y entender. Cuando ya había avanzado algo la conversación, notamos en su rostro un ligero, pero muy perceptible sentido de disgusto, lo que nos llamó la atención, tratándose de un hombre tan acostumbrado a luchar contra la adversidad. ¿Qué le ocurría? Pues muy sencillo y a su vez muy lamentable. Que dentro de su propia “casa”, dentro del organigrama de colaboradores que había concentrado bajo su dirección, y de algún otro “intelectual” que había quedado fuera de su círculo de trabajo, descubrió la existencia de auténticos francotiradores, que, bajo cuerda, estaban tratando de inutilizar o mediatizar su trabajo. Su disgusto y su indignación, muy reprimida, acabaron con sus ilusiones. Aquí podríamos relacionar lo que en otro lugar hemos dicho sobre la “envidia”.

Pero todavía sería más sorprendente, al enterarnos que estos “infieles” eran personas que presumían de “progres”, de hombres de izquierda. Lo ocurrido, nos hizo comprender que Millares Carlo no tardaría mucho en tirar la toalla y abandonar un trabajo ya avanzado y que había iniciado con tanto entusiasmo y con tanto afán de servir al mundo cultural, especialmente en Canarias. Muy poco tiempo después, y casi por casualidad, salió a relucir este tema, en una conversación con el viejo amigo y compañero durante muchos años en la emisora sindical “Radio Atlántico”, Luis Jorge Ramírez, casado con la magnífica pintora Millares Sall, emparentada con el ilustre profesor. Pues bien, Luis Jorge, no solamente nos confirmó cuanto hemos dicho sobre el particular, sino que nos facilitó más datos que venían a confirmar la “traición” de que fue objeto Millares Carlo, insistiendo y recalcando una y otra vez, que los boicoteadores, eran personas que considera de izquierda.

Por supuesto en nuestra conversación con Millares Carlo, surgieron otros muchos temas del mayor interés para el mundo cultural canario, pero nosotros aprovechamos la ocasión, para puntualizar algunas de las afirmaciones que durante su conferencia había expuesto Rodríguez Doreste. Así, por ejemplo, le preguntamos por su marcha de España cuando virtualmente, ya había finalizado la guerra. Nos dijo que aquellos fueron momentos de gran confusión en que muchas personas, pero sobre todo, políticos marcharon de España pensando que podría haber represalias. Lo cierto es que yo —nos dijo— como tantos otros, apenas nos dábamos cuenta de la situación y optamos por seguir a quienes marchaban a la emigración. A nuestra pregunta de por qué no había regre-

sado antes a España, como había ocurrido con tantos otros intelectuales, científicos, políticos, etc., como Ortega y Gasset, Marañón, Lerro, etc., nos contestaba que no lo hizo por tener ya organizada su vida, especialmente en Venezuela, donde durante muchos años ejerció su profesión. Insistimos en la pregunta: ¿Se le puso a usted algún impedimento para regresar a España durante el régimen presidido por Franco? La contestación fue rotunda: “Yo pude regresar a mi patria desde muchos años antes, ya que no existía ninguna clase de impedimentos legales para ello, pero por las razones que le he dicho, no ocurrió así, hasta que, también en el régimen franquista, he regresado a mi querida tierra canaria, y aquí he permanecido, tratando de cumplir con la misión que el cabildo Insular me ha encomendado. Otra pregunta, al filo de lo manifestado por Juan Rodríguez Doreste: ¿Por qué no le reingresaron en su cátedra de Madrid? Respuesta: “sencillamente por dos causas muy elementales: primero, porque nunca lo solicité, y segundo, que por mi edad, ya estaba más que jubilado cuando he regresado a España. Y aquí ponemos punto final a estas breves pinceladas sobre la brillante personalidad de Agustín Millares Carlo que, ya octogenario, nos dio muestras de una vitalidad, de una mente despejada y de una capacidad de trabajo, que no es muy habitual que encontremos en personas mucho más jóvenes que nuestro ilustre paisano, cuyo nombre figura ya en lugar de honor entre los próceres canarios.